

Navegante en tierra

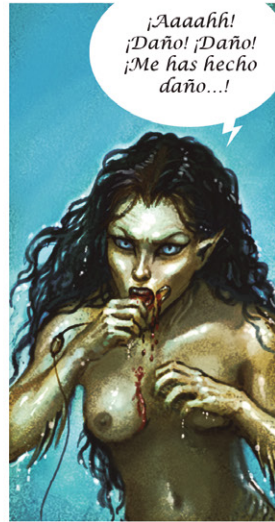
Raquel Alzate



ASTIBERRI

La sirena y la manzana





*Pero recuerda...
Si alguna vez incumples
el trato, volveré a por ti o
a por tu descendencia, y
os arrastraré conmigo a las
profundidades
del mar.*



*Y así fue
pasando el tiempo...*



*Cada seis años
sin falta, el Pescador
fue cumpliendo
con el trato.*



*Toma, hijo,
échasela tú
a la sirena.*



*Enseñando a su hijo a
seguir con la tradición.*



Hasta que un día...

*No puedo
quedarme,
madre.*





Pero hijo, mira cómo está tu padre, puede que no pase de esta noche.

Lo siento, pero debo salir a faenar. Los demás esperan.



Ve, hijo. Cumple con tu deber, pero recuerda que esta medianoche se cumplen otros seis años. No olvides llevarle una manzana a la sirena.

Si, padre. Ahora mismo cojo una del fuerto.



DONG
DONG
DONG



¡La galerna viene fuerte! Es como si hubiese esperado a la media noche para desatarse.

¡Será cosa de las sirenas! Utilizaré un viejo truco de mi padre para aplacarlas.



Pues no parece que funcione...



Pero... ¿qué está pasando...?

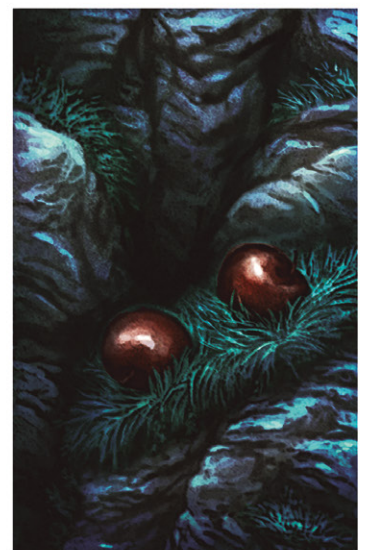
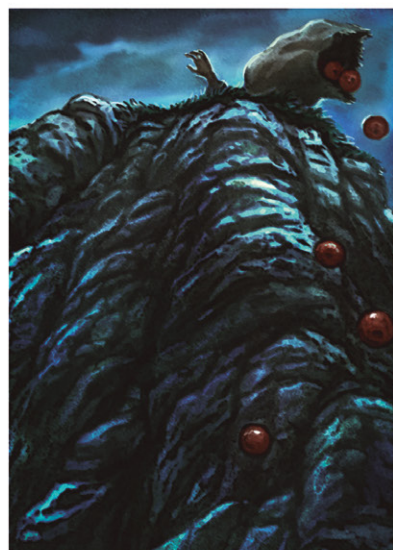


¿Qué ocurre, sirena?

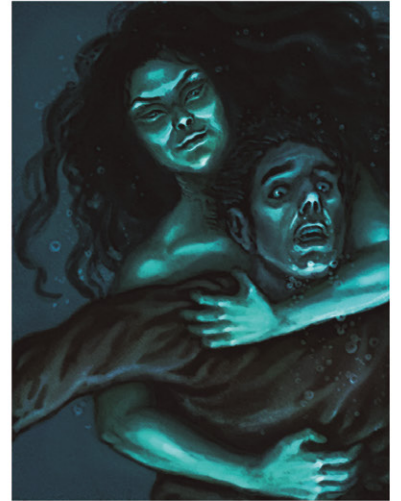
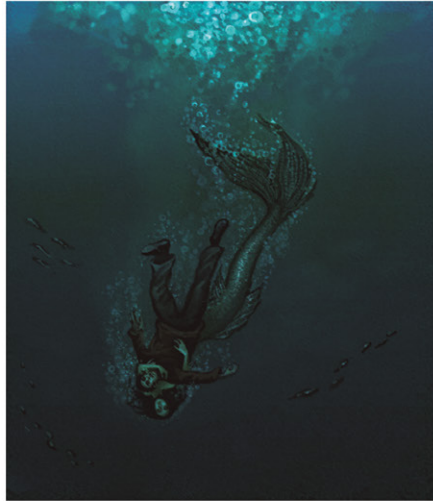
¿Acaso mi hijo no te ha llevado tu manzana?



Nooo... ése no era el trato, ¿recuerdas? Me harás llegar una manzana procedente de tu mano. ¡Ja, ja, ja! De tu mano...





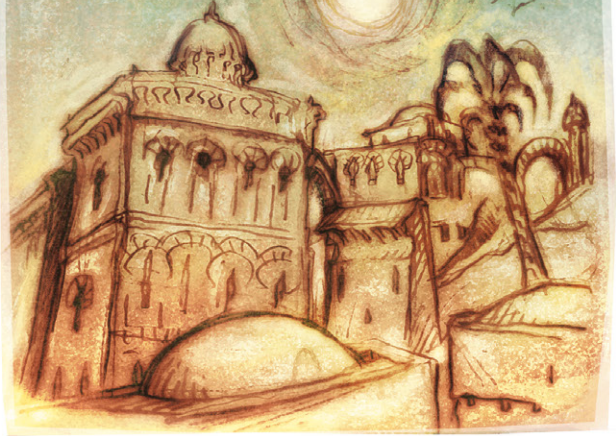


Todo el mundo en esta ciudad, tanto de día como de noche, lleva consigo una lámpara encendida. Pero, si preguntan a alguien el porqué, no les dirá la verdad.



Si les apetece detenerse y escucharme, yo les contaré mi versión de la historia.

"la ciudad de las luces"



Y esta historia comienza una negra noche de luna del negro año de la Peste. Cuentan que fue entonces cuando el mago extranjero llegó a la ciudad.



Se instaló en la casa del viejo médico, a quien hacía bien poco las fiebres se habían llevado junto al resto de su familia.



La viuda Sarah fue la primera en acudir a la consulta del recién llegado.



"Señor, salvad de las fiebres a mi pobre hijo...
Es todo lo que tengo en este mundo."



"¡Guarda aquí!"

El mago se
encerró largo
tiempo en los
inmensos
aposentos llenos
de telarañas.



Cuando regresó, traía en sus manos una
lámpara de extraño fulgor verde.



"Mantenla siempre junto al niño enfermo", le dijo a
Sarah. "Su luz le protegerá."



Tres días y tres noches permaneció Sarah
junto a la cama de su hijo.

Y en todo ese
tiempo, la lámpara
no se apagó.



Al romper el alba del cuarto
día, el pequeño se había
curado.



Gritos de júbilo despertaron
a todo el vecindario.

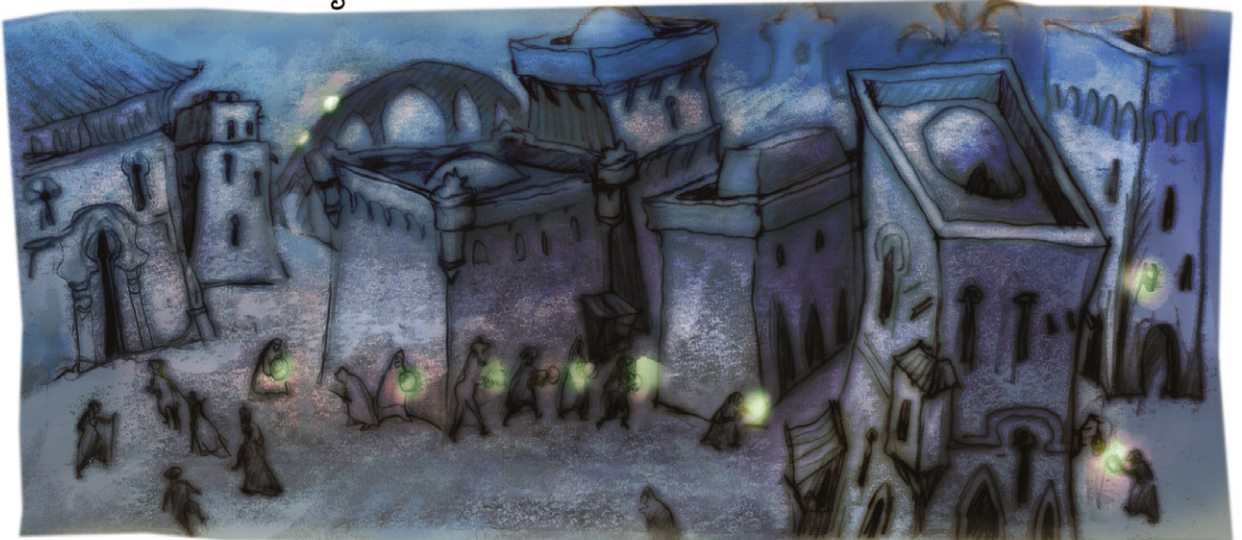
Sarah recorrió las calles
cantando a voz en grito el
portentoso milagro.



La noticia corrió de boca en boca por toda la ciudad.



Y así fue como, en los días que siguieron, se fue organizando un curioso desfile por las calles que llevaban a la casa del mago.



Incluso los que no estaban enfermos se hicieron con una lámpara, y la llevaban doquiera que fuesen, infalible talismán cuya luz nunca se extinguía.



Tanto de día como de noche, miles de lucécitas verdesas brillaban en mercados y plazas, en los alféizares y tras las celosías de las ventanas...

Finalmente la Peste abandonó nuestras tierras. Se organizó una gran fiesta, y el mago extranjero fue invitado de honor.



Cuando todos le aclamaban, pidió silencio y subió al estrado para hablar. Cuentan que esto fue lo que dijo...



"Nada tenéis que agradecerme, pues muy alto es el precio que vais a pagar".



"Me marchó; conmigo me llevo la Peste, y también vuestras almas."

"Sabed que es vuestro espíritu el que se consume dentro de cada lámpara."



Y convirtiéndose en nube de humo, desapareció.



Casi al tiempo, se escuchó un grito.



Una lámpara se había apagado. Quien la portaba, presa del pánico, cayó al suelo.



Sabiéndose engañada por el mismo demonio, la gente clamó a los cielos su ira y su dolor.



El peso de la maldición pronto hizo mella en los corazones.



Las luces, poco a poco, se iban apagando.

Algunos fueron incapaces de soportar la angustia de una vida de miserias, sin la recompensa de Dios esperándolos en el otro mundo.



...y decidieron acortar su sufrimiento.

Avergonzados de mostrar su propia condenación, aquellos cuya lámpara se había apagado apenas salían de sus casas.



La ciudad fue enmudeciendo.

Una noche, sin embargo, se vieron algunas llamitas zigzagueando por los callejones, hasta el amanecer.



Al día siguiente, varias personas caminaban ya bajo la luz del sol, luciendo su lámpara encendida, con el orgullo de quien se sabe por encima del bien y del mal.



Pronto fueron decenas, y luego cientos los que, desafiantes, marchaban cabeza en alto y lámpara en ristre por las calles de la ciudad.



Comprendí el misterio la mañana
que vi a mi madre rellenoando con
aceite su lámpara ya apagada.



Le puso una mecha especial para
que la llama pareciera verde.

Y así salimos, por primera vez
en días, a pasear muy dignas
con nuestras lámparas encendidas.



Como hacen todos
en esta ciudad.



Y ésa es nuestra
historia...

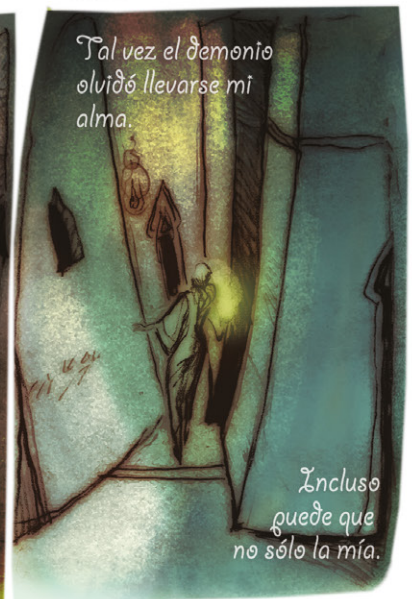


...aunque no quisiera olvidarme
de contarles algo curioso...

...el caso es que mi lamparita
nunca se apagó.



Tal vez el demonio
olvidó llevarse mi
alma.



Incluso
puede que
no sólo la mía.

No es que me importe un bledo.
Si acaso la conservaba entera,
dígamos que... la he prestado.



...Además, aquí
ya nadie hace
preguntas.

